

sacerdotales; por lo mismo que les indujo a anexionar, bien inocentemente, a su teología panteísta *vaudou*, el Padre, el Hijo, la Virgen y los Santos. Es una fusión de dos religiones.

La hechicería negra, a la cual Seabrook dedica unos capítulos, no tiene nada de extraordinario y presenta las formas ya conocidas en el magicismo de otros pueblos.

La segunda parte del libro, que interesa más especialmente a los americanos, según dice una nota, perfila imágenes de hombres y acontecimientos de Haití. Americanos, mulatos y negros están descritos magistralmente. Aunque el autor no quiere opinar sobre política, se le deslizan en el curso de sus narraciones algunas ideas sobre la situación moral y racial creada entre negros y blancos. Americano cultísimo, el autor de *La Isla mágica* lamenta esa situación y critica a aquellos que sin tener más valor que el relativo de ser blanco, sienten por el negro un desprecio irracional, fruto sólo de una mentalidad de ropa hecha.—*Manuel Rojas*.

HISTORIA

EL OTOÑO DE LA EDAD MEDIA,
(tomo segundo), por *J. Huizinga*.

Se abre el segundo y último tomo de la obra de Huizinga (1) con un admirable capítulo acerca del es-

(1) Ver el número 68 de ATENEA, en que se comentó el primer tomo de esta obra.

píritu religioso y su expresión plástica hacia el final de la Edad Media. Para traducir resumidamente el proceso de la religiosidad superficial en el pueblo, acude a las palabras de Jacobo Burckhardt en sus *Consideraciones sobre la historia universal*. Según ellas, una fuerte religión se extiende a todas las cosas de la vida y da su peculiar colorido a los movimientos del espíritu y a las formas de la cultura. Pero todas estas cosas reaccionan luego sobre la religión, hasta el punto de que el verdadero núcleo de ésta puede ser anulado por aquéllas.

El mundo medioeval se ve anegado de representaciones religiosas, Los actos y los objetos, aun los más insignificantes en sí, se muestran frecuentemente en relación con Cristo y con la fe. La tensión religiosa puede conferir a estas relaciones una categoría de belleza y de sublimidad, pero si esa tensión cede, todo lo que estaba destinado a estimular la conciencia de Dios se precipita en una abrumadora vulgaridad. Los dos casos se dan en un espíritu tan excelso como el de Enrique Susón. En homenaje a la Virgen María, tributa honras a todas las mujeres y marcha sobre el barro para dejar el paso a una pobre. En cambio, cuando Susón come una manzana, la corta en cuatro partes, toma tres en nombre de la Santísima Trinidad y la cuarta *en amorosa conmemoración de cuando su celeste madre daba de comer una manzana a su tierno hijito Jesús*. Y esta cuarta parte la come sin pelar, porque a los niños pequeños les gustan las manzanas así. En los días posterior-

res a la nochebuena, como el Niño Jesús es todavía muy pequeño para comer manzanas, renuncia al cuarto trozo y lo ofrece a María a fin de que ella lo dé a su hijo.

Semejante religiosidad conduce también a la multiplicación incontrollable de representaciones, conceptos y usos. Prescindiendo de las modificaciones cualitativas acarreadas por aquellas manifestaciones, su sola cantidad llenaba de alarma a muchos graves teólogos. Llegóse así a una notoria confusión de las esferas religiosa y temporal.

Más adelante se ocupa Huizinga de los tipos de religiosidad. Nota la frecuencia con que se ofrece el contraste de piedad y pecado, y cómo se suceden las alternativas de la tensión religiosa así en la masa del pueblo como en figuras de más alta significación. Felipe el Bueno, hombre de magníficas fiestas, de incontables bastardos, astuto, orgulloso y colérico, tiene rasgos de una sincera piedad. Se trata de una tensión entre dos polos, apenas concebible para el espíritu moderno, pero que encaja perfectamente en el dualismo que importa la fe en un reino de Dios al que se opone el mundo real del pecado. Los sentimientos más altos y puros son aquí absorbidos por la religión, en tanto que los impulsos naturales quedan constreñidos a un nivel mundano que se desprecia como pecaminoso. De esta manera coexisten en la conciencia del hombre medioeval dos concepciones de la vida. Pero si, por una parte, la concepción piadosa incorpora los sentimientos morales, por otra, el

sentido mundanal de la vida, abandonado por completo al demonio, se entrega a una venganza desenfrenada.

De los capítulos que integran el volumen, todos sugestivos y penetrantes, los tres últimos se proyectan, como síntesis, sobre la cuestión que dió origen a la obra entera, esto es, la necesidad de entender mejor el arte de los hermanos van Eyck y de sus seguidores. Logrado el propósito de Huizinga de precisar la conexión de aquel arte con la vida de su tiempo, ha resultado un cuadro mucho más amplio y de maravillosa riqueza.—R. C. M.

ESPLENDOR Y OCASO DE LOS ROMANOV, por Ana Wyrubowa.

Hay cierto desaliento visible en el público que espera revelaciones extraordinarias de los libros escritos sobre la tragedia rusa. Cada uno anhela encontrar ahí la solución de todas sus interrogaciones, y no ve en realidad sino una pequeña parte del misterio: la que los autores mismos han visto. Es natural: cada espectador ve sólo una fracción del panorama, ya que no le es dado al hombre escapar a su medio social, a sus consideraciones familiares o raciales o intelectuales, para dominar el conjunto de los acontecimientos. Por lo demás, los acontecimientos mismos están en tránsito; no se han estabilizado, aun cuando los años de pacífica dominación de Stalin podrían ser considerados ya una base de donde partir para investigar, en forma retrospectiva, la